

fiel al dictamen del saber profundo,  
hábil, activo, audaz y denodado  
regir como señor el ancho mundo...  
Alcance de una vez su inteligencia  
de tu cristal la rara transparencia;  
en su ánimo pacífico y sereno  
duerman siempre los pérfidos impulsos  
como bajo tus lagos el vil cieno;  
á la labor sus miembros preparados,  
desplieguen esa fuerza incontrastable  
que impulsa á los torrentes desbordados;  
que como tú con superior fortuna  
surque la tierra y sus entrañas mine!  
¡Que como tú, los continentes una!  
¡Que por los aires como tú, camine!...

XII

De que Manuel Gutiérrez Nájera es una notabilidad literaria, responden todos los periódicos que se disputan sus producciones en nuestra América.

Hace quince años, lo menos, que no cesa de verse su nombre al pie de innumerables versos y artículos, que, partiendo desde la metrópoli mexicana, corren de allí á Santiago, á Buenos-Aires, á Lima, volviendo en zig-zag, por Guayaquil á Montevideo y á Bogotá y á Caracas, en el infatigable vehículo de la prensa.

¿Qué tiene para agradar así, este escritor?

El talento simpático, entretenido, que se

apodera de los sucesos notables para comentarlos de una manera especial y aunque ello se crea una paradoja, á satisfacción de todos los gustos.

Gutiérrez Nájera es un articulista de primer orden. Hay en su estilo algo de la cocina francesa que se impone por la exquisita gracia del condimento. En los platos que sirve al público, inútil es buscar el picante sabor de la salsa inglesa, ni el fuerte olor del queso italiano, ni nada aún que recuerde la sopa de ajo española.

Tan variada y copiosa es la producción de Gutiérrez Nájera, que no guarda memoria él mismo, de muchos temas que le han servido para hacer el encanto de sus lectores.

De seudónimos varía como de cuellos. *El duque Job*, *Mr. Cancán*, *Recamier* y *Puck* son los más constantes, pero es imposible averiguar con cuantas firmas distintas manda á los periódicos extranjeros y mexicanos, sus bien pagados artículos.

Bien pagados, ¿habéis oído esto sin abrir tamaña boca, los que en Sud-América os fi-

guráis que escribir en la prensa equivale en todas partes á morir de hambre?

Pues, en presencia mía, y por falta de tiempo, Gutiérrez Nájera ha despedido adversamente la solicitud de varios editores que le hostigaban con no despreciables sumas, porque escribiera en sus diarios un solo artículo.

*El duque Job* con su facundia grandísima, incomparable, no se basta á los pedidos de colaboración que le hacen en México y otros puntos. Siempre atareado, siempre viendo el reloj, en la redacción, en el hotel, en la calle, no se comprende qué tiempo él mismo se da para sus placeres.

Creeráse talvez que este hombre tan halagado por el mundo inteligente, conoce la vanidad, pero nada hay más falso. Gutiérrez Nájera es la personificación de la modestia y sonríe con verdadera incredulidad, cuando se le señala entre los más aplaudidos escritores americanos.

Y no se diga que es modestia afectada la de este hombre, joven todavía y que contando á la fecha treinta y cinco años (1893), ha-

ce diez ó doce adquirió ya el renombre de que disfruta. Todos sus amigos me repiten á una voz, lo que me decía el circunspecto Balbino Dávalos: *Gutiérrez Nájera es un buen muchacho, ignorante de lo que vale.*

Verlo en su sala de trabajo, afectuoso, discurrendo entre folletos y libros mientras remata apresuradamente un artículo que está aguardando en la puerta un muchacho de tal ó de cual imprenta, y á quien mira con ojos de cómica indignación, porque le ha interrumpido en la espiritual respuesta que daba á las chanzas de algún tertulio; visitarlo cuando deja la pluma y bota el puro que chupaba con delicia, para abrazar á su preciosa hijita que viene sorpresivamente á tirarle de los bigotes; oír sus alegres risas, estrechar en ese instante su mano y recibir su franca hospitalidad con un gesto más expresivo que las palabras, es comprender la bella naturaleza de este escritor y es amarle como á un amigo que se conociera desde la infancia.

Gutiérrez Nájera es de mediana estatura, cenceño, de ojos verdosos y muy alegres, en perfecta armonía con la sonrisa estereotipada

en sus labios que orna en la parte superior un bigotillo mefistofélico.

Conoce París y las obras literarias que allí se editan, como si viviese en la gran ciudad. Libros y periódicos de aquella procedencia andan, pues, en revolución por toda su estancia, y novedad artística no hay ninguna á orillas del *Sena* que deje de impresionar á nuestro hombre, más enamorado de Francia que los franceses.

Hay quienes observando esta pasión de Gutiérrez Nájera, quieren robarle en lo absoluto la originalidad de sus producciones, pero échase de ver en ello la exageración y malevolencia que existen en todas partes del mundo para los que se elevan algunos codos sobre la multitud.

Los artistas, que otra cosa no son los literatos, inclínanse á determinados modelos en el principio de su carrera, y aunque estos modelos bastante influyan después en el estilo que adquieren dichos artistas, no pueden alterar la fisonomía propia de cada uno.

¿Por qué reprochar á Gutiérrez Nájera que se inspire en los modelos franceses? Desde

que procede en sus obras como un artista de talento, es decir, creando, nada importa que adorne sus creaciones con galas que podían, lo mismo que francesas, ser españolas ó bizantinas.

Gutiérrez Nájera, por otra parte, escribe en un castellano jugoso y puro. Conoce la lengua madre lo suficiente para no caer en aberraciones, y si se le moteja de francés, no es porque maltrate su lengua con giros gállicos, sino porque en el orden superior de las ideas estéticas se inspira más en las opiniones y gustos de las notabilidades de Francia.

Siendo uno de los primeros bardos de México, lo considero muy superior, sin embargo, como prosista. Frasea admirablemente. Sus períodos son amplios, armónicos, de una riqueza y flexibilidad que han alcanzado pocos.

Vésele discurrir en algunos de sus artículos, con llaneza encantadora sobre los más arduos temas sociales, y con ideas jocosas y extravagantes suele apoderarse de nosotros tan lindamente, que nos lleva de aquí

para allá, como en un columpio, hasta que cerramos los ojos y cual los muchachos aturcidos, le pedimos que termine por Dios, entre carcajadas.

De todas sus poesías, que son muchísimas y desiguales en mérito, no puede decirse lo que en general de su prosa. Desechando bastantes de las escritas al correr de la pluma ó por compromiso, queda sin embargo, un regular número de ellas que le dan derecho á figurar entre los más inspirados bardos del Nuevo Mundo.

Poesía llena de gracia y de movimiento, es la de Gutiérrez Nájera, que con el nombre de *Mariposas*, comienza así:

Ora blancas cual copos de nieve,  
ora negras, azules ó rojas,  
en miriadas esmaltan el aire  
y en los pétalos frescos retozan.  
Leves saltan del cáliz abierto  
como prófugas almas de rosas,  
y con gracia gentil se columpian  
en sus verdes hamacas de hojas.  
Una chispa de luz les da vida  
y una gota al caer las ahoga ;  
aparecen al claro del día  
y ya muertas las halla la sombra.

¿ Quién conoce sus nidos ocultos ?  
¿ En qué sitio de noche reposan ?  
¡ Las coquetas no tienen morada...!  
¡ Las volubles no tienen alcoba...!  
Nacen, aman, y brillan y mueren;  
en el aire al morir se transforman  
y se van sin dejarnos su huella  
cual de tenue llovizna las gotas.  
Talvez unas en flores se truecan  
y llamadas al cielo las otras,  
con millones de alitas compactas  
el arco-iris espléndido forman.  
Vagabundas ¿ en dónde está el nido ?  
Sultancita ¿ qué harem te aprisiona ?  
¿ Á qué amante preferes, coqueta ?  
¿ En qué tumba dormís mariposas ?

La simplicidad de estos versos es adorable. Cual otras tantas mariposas aletean en nuestro oído las palabras con que el poeta traza la inofensiva existencia de aquellos seres. Aquí el lenguaje es obligado instrumento músico en fuerza, no del arte, sino del sentimiento delicadísimo del autor.

A la gracia que es el distintivo de esta composición en su primera parte, sucede la melancolía más oportuna.

Así vuelan y pasan y espiran  
las quimeras de amor y de gloria,  
esas alas brillantes del alma  
ora blancas, azules ó rojas !  
¿ Quién conoce en qué sitio os perdisteis  
ilusiones que sois mariposas ?  
¡ Cuán ligero voló vuestro enjambre  
al caer en el alma la sombra !  
Tú, la blanca ¿ por qué ya no vienes ?  
¿ No eras fresco azahar de mi novia ?  
Te formé con un grupo de cirios  
que de niño llevé á la parroquia ;  
eras casta, creyente, sencilla,  
y al posarte temblando en mi boca  
murmurabas heraldo de goces :  
“ Ya está cerca tu noche de bodas ! ”

¡ Ya no viene la blanca, la buena !  
ya no viene tampoco la roja,  
la que en sangre teñí, beso vivo,  
al morder unos labios de rosa !  
ni la azul que me dijo ¡ poeta !  
ni la de oro promesa de gloria ! ...  
¡ Ha caído la tarde en el alma !  
es de noche, ya no hay mariposas !  
Encended ese cirio amarillo...  
Ya vendrán en tumulto las otras,  
las que tienen las alas muy negras  
y se acercan en fúnebre ronda !  
Compañeras, la cera está ardiendo ;  
compañeras, la pieza está sola,  
si por mi alma os habéis enlutado  
venid pronto, venid mariposas !

— *Romanticismo puro*, — dirá quizá, displicente, al acabar esta composición, alguien que no cree ya compatibles con nuestro modo de ser, las manifestaciones artísticas de esa escuela.

¡ Y qué engañados están los que se figuran tal cosa!

El romanticismo vive en la especie humana como una de esas tendencias incorregibles de su propia naturaleza. El creciente desarrollo de las ideas materialistas, sus enemigas, no llega á minorar en el hombre la fantasía, base de toda creación romántica en el consorcio del sentimiento.

La escuela literaria de ese nombre, puede haber caído por el abuso, en descrédito, pero siempre habrá manifestaciones artísticas que vengan cual *Mariposas*, con su belleza nada común, á probar en todo tiempo que los caprichos de escuela, las exigencias de la moda ó el decantado progreso, no alcanzan á desarraigar en el alma los espontáneos brotes románticos.

Romanticismo es todo lo que en el hombre tumultuariamente se agita por remontar á

otra esfera; romanticismo son las creencias vulgares en una vida mejor, la idea de justicia eterna, el amor á la gloria, cuanto carece de fundamento real y sin embargo nos obsesiona hasta el punto de convertirnos en héroes, en santos, en poetas, en predicadores de la moral universal, ó, á la inversa, y por falta de elevación natural, en criaturas sencillamente ridículas.

Pensad en lo que sería el mundo sin esas muchedumbres románticas que se mueven á la voz de un profeta ó embaucador, de un caudillo político, de un anarquista imbécil, predicador de la igualdad en el exterminio...

Pero, ¿ adónde me llevan las *Mariposas* de Don Manuel? A revolotear como aquellas mariposas negras de que nos habla, en el peligroso campo de la verdad. ¡ Otro romanticismo como cualquiera!

Joya poética mexicana de gran valor, es la composición *Tres amantes*, en la que Gutiérrez Nájera excede á cuantos bardos modernos y antiguos trataron el mismo asunto.

I

—¿Quién eres?— Un guerrero. Mi espada vencedora  
cien pueblos ha ganado.  
Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,  
que el peto del soldado.  
Creí ser indomable ¡Mentira! Tu hermosura  
mi altiva frente humilla:  
El paladín hercúleo de bélica armadura,  
temblando se arrodilla.

— ¡Aparta! No me sirven guerrero, tus laureles!  
Busco mejor vasallo;  
no estorbes mi camino; apártate, que hueles  
á crines de caballo!

II

— Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala  
al noble poder mío.  
Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala  
cual gotas de rocío.  
En mí reside la potestad que crea  
espíritus y mundos;  
No hay águila que vuele más alto que mi idea,  
ni abismos más profundos!  
Yo haré de tu belleza, la estatua de alabastro,  
la Venus victoriosa;  
de tu palabra el canto, de tu mirada el astro;  
de la mujer, la diosa!

Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios  
titilarán luceros,  
y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,  
los siglos venideros!

— ¡Aparta! No con trovas ni voces de profeta  
molestes más mi oído;  
Desprecio tus amores; apártate, poeta!  
Remienda tu vestido!

III

— Quién eres?— El que mancha las almas y el que roba  
la honra y el decoro,  
la cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,  
¡el oro... soy el oro!  
El viejo lujurioso que por la puerta espía  
el baño de Susana;  
la Celestina ronca, la repugnante arpía  
que ofrece cortesana.  
Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,  
del templo también sales;  
me acerco y en tu oído, que trémulo palpita,  
murmuro: ¿cuánto vales?  
Siebel enamorado, te aguarda con un ramo  
para adornar tu pecho...  
¿Qué importa? Seré siempre para tu alma, el amo;  
para tu cuerpo, el lecho!  
Tu castidad es cirio, respeto de los buenos  
que yo al pasar apago;  
De mármol son tus brazos, de mármol son tus senos...  
No importa: yo los pago.

Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos,  
y vende cuanto puedas.  
Si amante me recibes, el oro de tus rizos  
convertiré en monedas !  
Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos  
todo placer se encuentra...

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos,  
y dice al crimen: ¡ Entra !

Quien escribió esta composición tiene con ella sola, para brillar entre los más preclaros ingenios.

¡ Qué exposición tan maestra, de los sentimientos humanos !

¡ Qué símbolos del amor tan ordenadamente dispuestos !

¡ Qué gracia en el decir, qué lujo de pasión en los tres amantes, y propiedad en las exigencias de cada uno !

Y luego, ese otro símbolo de la beldad codiciosa, con qué altivez tan legítima responde al soldado y al poeta que hablan á su corazón en un lenguaje que no comprende !

Por último, aquel final en que habla á su vez el viejo representante del lenocinio, de la noble pasión amorosa transformada en senil lujuria, y ante el que

la joven desanuda de su corsé los lazos,  
y dice al crimen: ¡ Entra !

es un golpe de maravilloso efecto dramático, un hachazo feroz que victima nuestro ideal, una bocanada del infierno que tuesta las flores de la ilusión, pero una brillante muestra también, de lo que vale la poesía como enseñanza.

No sé por qué esta composición de Gutiérrez Nájera, tiene algo para mí de asesina y al mismo tiempo la quiero con todo el apasionamiento de mis treinta años.

Hay un arte tan exquisito en su estructura, contrastando con la *sublime brutalidad* de su objeto, que me conmueve hasta lo más hondo y me lleva á pensar en lo que sentiría el autor cuando le dió vida.

Es imposible que el poeta al trazar estos cuadros, no experimente la impresión horri-

ble de la verdad. En nuestro mundo se ven demasiadas cosas que nos sublevan y hacen de nuestra pluma otra lanza de Don Quijote. A un movimiento así, de humorismo crítico, se debe tal vez, que Gutiérrez Nájera en *Tres amantes*, haya embestido contra esa hermosa doncella que desdeña al buen caballero y al trovador amable por darse al feo encantador Merlín; atacando el poeta en un solo tipo á toda aquella inmensa familia de doncellas que, poniendo precio á sus gracias, no quieren que se las llame *menesterosas*...

No han podido faltar á Gutiérrez Nájera las célebres críticas de Valbuena, aquel señor español que vive á caza de ripios como los papanatas de moscas.

Valbuena pretende burlarse de nuestro amigo, poniéndole al nivel de los poetas-tros.

¿Llamaremos nada más que injusto á su detractor?

No; porque la injusticia en derecho, entraña conocimiento de causa, y Don Antonio Valbuena es simplemente un inepto que se mete á juzgar de lo que no entiende.

Su gramática y su latín no pueden suplir al sentimiento estético que le falta. Con su gramática y su latín para juzgar á un poeta de vuelo, está en las mismas condiciones de un boticario para dar una opinión autorizada en fisiología.

La malignidad de Valbuena es mucha, pero su pobreza de raciocinio es mayor. En un proceso literario habría que defenderlo, buscando apoyo en las teorías de los criminalistas modernos. Este hombre ataca á los poetas por influencia mórbida; es un iluminado que comete fechorías mil en nombre de la sintaxis. Su juicio no es cabal y destrozará la más perfecta obra de ingenio humano, buscando ripios, porque ripios y nada más que ripios, verdaderos ó falsos, verá por todas partes este furioso hasta que se muera.

Dicen que toda comparación es odiosa, pero ¿cómo no hacer una, entre Valbuena y Leopoldo Alas, más conocido con el seudónimo de *Clarín*?

Este último, aunque suele tener también ataques de ira en sus controversias, no es sin embargo, un loco, y está á inmensa altu-

ra sobre Valbuena y sobre todos los críticos que de su género hay en España.

Leopoldo Alas, sabe sentir lo bello y algo más que eso todavía, sabe expresarlo. Autor de varias novelas, ha escrito una, *La Regenta*, que por nadie he visto aplaudida en su patria y que vale, sin embargo, un tesoro. Esta novela demuestra en Clarín un talento muy grande, y cuando la veo injustamente olvidada, comprendo que la depresión moral de un país, no se mide tanto por la escasez de sus productos intelectuales cuanto por su ineptitud para discernir, tratándose de sus verdaderas obras de mérito.

Pero, me aparto de la cuestión. Quiero demostrar que Valbuena es un desgraciado al atacar en la forma grosera que lo hace á Gutiérrez Nájera. Si aquel llamado crítico no fuese impotente para la creación literaria, si tuviera la imaginación de *Clarín*, sería menos acerbo; comprendería que en una composición poética, sobre los ripios y las incorrecciones gramaticales están los pensamientos y la belleza artística del conjunto; que en el fondo y la forma de un trabajo poético existe

la misma relación que entre el cuerpo y el alma, y que, ligeras imperfecciones del cuerpo no dan derecho para negar al alma su carácter y elevación.

¿A qué preocuparnos tampoco, de las opiniones de un hombre que repite la misma cantaleta en todas sus críticas?

Valbuena, catolicón testarudo, no es, en verdad, más que un rezagado del *Santo Oficio*. Hace con los versos buenos ó malos que á sus manos llegan, lo que con tantos herejes hacían los antiguos sayones de Torquemada. En su sala de tormento hay potros, garfios, cuerdas, hornillos, tenazas, hierros candentes para los pobrecitos versos que sublevaron la ortodoxia del fanático Don Antonio. Allí es el indignarse con las torturas que aplica el señor Valbuena á sus víctimas. Un endecasílabo por mala acentuación es puesto en el potro y antes que lance un ¡ay! expira descoyuntado; el alejandrino á quien se acusó de blasfemo corre igual suerte, é innumerables adónicos, sáficos y espondeos van desfilando en camisa para ser marcados á fuego por sus delitos contra prosodia. Un olor á

carne quemada nos llega hasta las narices ; sobre lagos de tinta roja nadan hermosos versos fragmentados en sílabas, y en medio de tanto estrago, con sonrisa de beatitud, apoya el verdugo cristianísimo estas palabras : *Justicia del cielo, estás hecha : la Gramática ha muerto á la Poesía!* (1).

(1) Este capítulo fué escrito cuando vivía aún el inspirado Gutiérrez Nájera. *Las mariposas negras* han llegado para él en fúnebre ronda, como decía en sus versos ; pero, en cambio, la inmortalidad ha comenzado para su nombre.

XIII

Nada he dicho aún de las poetisas mexicanas, y tiempo es ya de que les consagre un capítulo.

Sor Juana Inés de la Cruz, abrió un surco demasiado profundo en el campo de las letras de México para que nuestra curiosidad deje de empeñarse buscándola sucesoras. Muy ilustres las ha tenido, en efecto, y no me parece extraño al lugar, decir algo, antes, en general, sobre la mujer mexicana, cuyas dotes morales é intelectuales nos son casi desconocidas en Sud-América.

La educación que en México reciben los individuos del sexo débil, no es muy distinta de la de acá, y equivocados están los que